

Formación de Especialistas de Salud en las Américas

Presentación del Dr. Abraham Horwitz, Director de la Oficina Sanitaria Panamericana, en la sesión inaugural de la Quinta Conferencia de Directores de Escuelas de Salud Pública, celebrada en Buenos Aires, Argentina, el 19 de noviembre de 1967.¹

En vuestra Segunda Conferencia, que tuvo lugar en Puerto Azul, Venezuela, en noviembre de 1961, comentábamos la misión de la universidad de impartir cultura en lo que se relaciona con la formación de los especialistas en salud en las Américas. Cabría preguntarse, decíamos, si está en consonancia con el momento que vive el Continente y con los problemas imperantes. Si en el análisis de estos se atiende sólo a sus consecuencias directas o si se considera su influencia en la sociedad como un todo. Ello equivale a aceptar su mutua dependencia—cualesquiera su origen y características—y la importancia de tratarlos con el criterio de integración y no de disociación de las acciones. Si en la actitud de los profesionales domina un sentido de comprensión de las disciplinas que condicionan el bienestar con el fin de conjugar esfuerzos con quienes trabajan por fomentarlo. Si no muestran en realidad una tendencia a la mera aplicación de técnicas específicas, porque no se compenetran de cómo incorporar las funciones de la salud en los planes generales de desarrollo. Cabe, asimismo, preguntarse si tienen la oportunidad de conocer los principios de la economía y de las ciencias sociales que les permitan adquirir una concepción amplia de la salud. Si se imponen adecuadamente de los objetivos y de los métodos de la programación. En síntesis, si la enseñanza, con hondas raíces humanistas está creando el profesional que requieren las Américas en esta hora singular. Mucho ha sido el progreso; pensamos, no obstante, que quedan aún largas etapas de perfeccionamiento.

Oiremos en esta, vuestra Quinta Conferencia, el relato de los avances ocurridos, los que,

a pesar del breve lapso, son substanciales. La descripción pondrá en evidencia, estamos ciertos, la magnitud de la empresa por llevar a la práctica. Y ello no sólo por el volumen de los problemas sino porque es propósito esencial de la educación—particularmente la que se realiza en la universidad—proporcionar los conocimientos suficientes en cantidad y calidad para crear el autoaprendizaje ilimitado en el tiempo. Lo que el estudiante debe registrar es sólo aquello que le permite establecer relaciones entre sí de los conceptos y hechos que se le entregan con aquellos que adquiere voluntariamente a lo largo de la vida para ejercer su cometido y comprenderlo en el contexto de la sociedad a que pertenece. La analogía con la cibernética es evidente. Por ello, la educación universitaria debe variar tanto como las sociedades, precisamente porque su misión es impartir cultura y esta consiste, en la definición de Ortega y Gasset, en el sistema de ideas vivas que el tiempo contiene.

En el mismo período la demanda de los pueblos de las Américas por un mejor bienestar se ha hecho más insistente—en ocasiones estentórea—y continua. Ha traspasado las barreras étnicas y geográficas y contribuido a crear un despertar de las conciencias, preludio de un movimiento que es ya de significado histórico. Nadie duda de la justicia que le asiste, lo que se revela en el debate público sobre las circunstancias atenuantes o agravantes que dan lugar a los problemas, y la serie en aumento de realizaciones. Su más conspicua expresión reciente es la declaración de los Presidentes de América, la que junto con reafirmar los postulados y objetivos de la Carta de Punta del Este, los consolida en un marco de referencia continental que los hace más factibles. Tuvieron a bien los Jefes de Estado que suscribieron el documento recono-

¹ En la sección *Actualidades* de este número del *Boletín*, páginas 168-171, se publica una nota sobre esta Conferencia.

cer el papel fundamental de la salud en el desarrollo económico y social de la América Latina. Ello se revela no tan sólo en el capítulo destinado a esta función sino en un análisis de toda la declaración. En efecto, así se deduce de las decisiones respecto a proyectos de infraestructura y de mejoramiento de las condiciones del comercio internacional; la modernización de la vida rural y el aumento de la productividad; el desarrollo educacional, científico y tecnológico; la comunidad intelectual, indispensable para un verdadero mercado común económico; la inclusión de las técnicas de prevención y curación desde las fases de preinversión en todas las grandes empresas que comprendan áreas geopolíticas y otras de las Américas; en síntesis, es una nueva dimensión de la salud para el Continente y el transformarla en realidades de bienestar obliga a una revisión de la enseñanza universitaria. En nuestro sentir, esta es vuestra responsabilidad, señores decanos y directores. La es también de los Gobiernos y de las Organizaciones Internacionales que los asesoran de acuerdo con la política establecida por sus cuerpos directivos. Para esta vasta tarea de nuestro tiempo, tal vez lo más esencial hoy es contar con los recursos humanos, adecuadamente formados o capacitados, según corresponda.

Aunque parezca paradójico, en ello coinciden las sociedades afluentes y aquellas en desarrollo. Ambas muestran similares debilidades para la solución de problemas diversos en naturaleza y extensión. Porque estas se revelan en la aplicación de conocimientos y experiencias para las acciones de prevención, tratamiento y rehabilitación. El hecho es que en todas ellas hay urgencia de asegurar la estabilidad de las instituciones; mejorar y hacer eficiente su organización y administración; aumentar el número y elevar la calidad de los profesionales y auxiliares; refinar los procesos y las prácticas. Son los elementos fundamentales del progreso y, cuando deficientes, la causa de la estagnación.

El lenguaje que hoy se lee en todos los países es comparable porque se relaciona mucho más con los medios y métodos para resolver progresivamente los problemas que con su origen y características. El símil es con la importancia que se le asigna a las circunstancias que contribuyen a la producción de enfermedades tanto como a su causa aparente o real. En busca de una meta para su tiempo y lugar, ambas formas sociales enfrentan obstáculos comparables en esencia. Porque aquellas que son afluentes quieren buena salud para todos

los habitantes todo el tiempo, en tanto que las que están en pleno desarrollo o no lo inician aún, se resignan con la mejor salud para el mayor número posible de acuerdo con lo que es más apremiante o tiene mayor prioridad. Es penoso reconocer que ninguna lo ha logrado; pero trágico es el espectáculo de observar enfermedad y muerte imperantes cuando se sabe de técnicas simples y de bajo costo para evitarlas. Es obvio que en las Américas de nuestros días hay más salud que proteger y restaurar con lo que los países poseen. Por eso el lenguaje se ha hecho comparable. Y todos hablamos de la calidad de los recursos humanos para cada función y de su productividad o rendimiento; de la necesidad de formular programas y planes y especificar los objetivos; de la urgencia de evaluar para reajustar todo el proceso y de hacerlo de acuerdo con la relación de costo y beneficios; de modernizar la organización y la administración e introducir, cuando se justifique, los métodos de análisis de sistemas; de correlacionar la función salud como un todo con el desarrollo económico y social.

En términos de erogaciones, sobre la base de un 5% promedio de los presupuestos nacionales, la América Latina destina no menos de dos billones de dólares a salud. Como industria, los servicios de salud crecieron en los últimos veinte años hasta llegar a ser la tercera en los Estados Unidos. La precede agricultura y construcción; pero, en la década de 1970 es posible que la salud sea la empresa principal en los Estados Unidos. Siempre ha sido considerada a la vez como un medio y fin para la vida humana. Está emergiendo ahora como la inversión primaria que esta sociedad hace en capital humano.²

Posiblemente es en atención médica donde dicho lenguaje se oye con más frecuencia porque los problemas que comporta son de urgencia inmediata—en ocasiones verdaderas emergencias—y requieren de la mayor proporción de los fondos disponibles. Moralmente no se puede eludir el salvar un ser humano cuando es factible. Gobiernos y personas no pueden excluirse de esta responsabilidad. De igual grado debería ser el prevenir la enfermedad y la muerte. Por ello nuestro pesar cuando observamos epidemias de poliomielitis en que hemos dejado al arbitrio del virus la vida y el destino de centenas

² McNerney, W. J. "Comprehensive Personal Health Care Services: A Management Challenge to the Health Professions" *Amer J Public Health* 57:10, 1717, (1967).

de niños. Y pudieron evitarse. Y hay aún viruela en las Américas. Y hemos retrocedido en la erradicación del *Aedes aegypti*. Y nos preocupan las debilidades de los hombres y los caprichos de la naturaleza para eliminar la malaria. Todo ello, no obstante, estimula nuestra iniciativa y redobla nuestros esfuerzos.

Puede afirmarse, asimismo, que podemos atender más enfermos y en forma más eficiente con los profesionales y auxiliares y los elementos con que contamos. Mucho hay por hacer para crear o perfeccionar la coordinación de las diversas instituciones del estado entre sí y con las privadas para el cumplimiento de propósitos en los que debe primar el interés nacional y la angustia de los enfermos y sus familias. No puede continuar el dispendio como algo inevitable, a pesar de las consecuencias que tiene para los países. La legislación social ha estimulado esperanzas que la realidad no siempre ha satisfecho, no tan sólo por falta de inversiones sino también porque estas, mal administradas, no rinden lo que razonablemente se espera.

Señala McNerney: "El planificar para la gente, el hacer que los sistemas funcionen para la gente, requiere de un nuevo concepto vital sobre nuestras expectativas de liderazgo en salud pública. ¡Hemos conquistado tantos problemas específicos! ¿No podríamos ahora dedicarnos, con algunas esperanzas de éxito, a los de carácter general? La respuesta les corresponde a los hombres y mujeres que hoy dedican sus vidas a la salud del pueblo".³ Y entre ellos se cuentan ustedes, señores decanos y directores, porque si las nuevas generaciones no se forman con esta visión integral y no espectral de las Américas y de su destino

cierto, seguiremos ahondando el desnivel entre lo que podemos hacer con lo que poseemos y esperamos y lo que estamos haciendo. Y el efecto de nuestro cometido se expresa en menos muerte y enfermedad y más bienestar y desarrollo.

No tan sólo por el tema de vuestra Quinta Conferencia sino porque ocurre en la Argentina, he querido hacer estas reflexiones. Por inspiración del excelentísimo señor Presidente de la República y la acción del señor Secretario de Salud y sus colaboradores, son evidentes los esfuerzos para renovar viejos moldes, modernizar estructuras caducas, incorporar el conocimiento y la técnica actuales, incrementar el rendimiento de la capacidad instalada de los recursos de la salud. Pero por sobre todo, tener el valor de reconocer los problemas en su real magnitud, de señalar errores, de destruir imágenes porque los hechos no las sostienen; en síntesis, de enfrentar los obstáculos, cualquiera su naturaleza, y fomentar el progreso con objetividad y dedicación.

Todo mirar hacia el futuro lleva consigo un propósito de reforma. Cuando los asuntos son vitales se agregan los dictados de la conciencia que vigoriza el sentido de responsabilidad. Hay que tener valor para actuar en concordancia con profundas convicciones. "El coraje en la vida—dijo John F. Kennedy—es a menudo un espectáculo menos dramático que el coraje de un momento final, pero no es menos una mezcla magnífica de triunfo y tragedia. Un hombre hace lo que debe—a pesar de consecuencias personales, a pesar de obstáculos y peligros y presiones—y esa es la base de toda moralidad humana".⁴

³ McNerney, W. J. "Comprehensive Personal Health Care Services: A Management Challenge to the Health Professions" *Amer J Public Health* 57:10, 1727, 1967.

⁴ Kennedy, John F. *Profiles in Courage*. Nueva York: Perennial Library, Harper and Row, pág. 216, 1964.